

une al desencanto y la rabia el asombro por el prodigio constante que ante nuestros ojos se produce día a día «y ahora mismo escucho al afilador que afila / el cuchillo prodigios que niega y concede vida».

El desierto, el terremoto, la Ciudad, la patria, la Historia, el filo del cuchillo, son algunas de las recurrencias que el texto va convirtiendo en símbolos del eterno retorno al caos y la caída. El material simbólico colma poco a poco el poema (Argullol, incluso, lo destaca con el uso de las mayúsculas) de forma que la lectura transcurre entre dibujos alegóricos, ideas y razones, nombrados con la emotividad y el temblor de los sentimientos. Éste es el inventario incompleto de sus «personajes-símbolo»: el hijo prodigo, el bufón, el rey desnudo, el hechicero, los Benefactores, el Condenado, el verdugo, los Desnudos, los hijos del temblor, el solita-

rio Pasajero, el Alquimista, los Invisibles, el Ángel Espurio, el Rey Efímero, el Crimen.

La carga alegórica, por tanto, es la clave estructural del poema, por la que obtiene su transversalidad respecto a los cánones más comunes de la poesía actual y, por otro lado, la que lastra su escritura con la carga excesiva de imágenes mayúsculas. En el movimiento giratorio de lo simbólico, el lector busca la cola del remolino, allí donde pierde la fuerza, el centro donde con un pequeño impulso hacia afuera uno puede liberarse de su inercia, sin resistencia: «Contigo visité, seguro, los dos lados/ del Velo: el goce, laberinto sin salida, / y el gran blanco que envuelve la nada. / Por ti supe, maga querida, / que ciertos eran el uno y el otro. / En este extraño periplo las presencias van y vienen mientras tú ocupas el centro.

A. F. G.

América en los libros

La cacería, Alejandro Paternain, *Alfaguara*, Madrid, 1999, 270 pp.

A semejanza de Joseph Conrad, que en sus relatos de aventuras en climas exóticos encontró la materia necesaria para dar cuerpo a un universo de tensiones morales en el que la dignidad y el honor se encuentran siempre en juego, Alejandro Paternain construye en torno a la gesta independentista de su país una novela de aventuras marítimas en la que una goleta corsaria, al servicio de la naciente República del Uruguay, y un barco de guerra realista, perteneciente a la corona de Portugal, libran un largo enfrentamiento en el que el honor y el orgullo de los hombres sobresale sobre las causas que motivan sus actos.

La novela transcurre entre los años 1819 a 1821, en las aguas que conforman la larga travesía que de la Península Ibérica conduce al río de la Plata. En esa zona la ágil y veloz goleta la *Intrépida*, con una tripulación de filibusteros norteamericanos y de diversas nacionalidades, se ha convertido en el flageolo de los pesados barcos imperiales españoles y portugueses que transportan mercancías entre las colonias y las metrópolis europeas y para librar a la navegación de este azote, parte a su caza el capitán de

Brito en el potente brick de guerra el *Espíritu Santo*, en el que se ha jurado limpiar el mar de corsarios como si se tratara de un granero infestado de ratas.

La guerra librada por el patriota José Artigas en las provincias de la Plata importa poco en la novela pues se trata tan solo del telón de fondo que permite a Paternain delinear los rasgos de las tripulaciones de la *Intrépida* y del *Espíritu Santo* y el carácter de los capitanes en contienda, tan parecida al nombre de sus barcos: de Brito realista, religioso, obstinado, calculador, convencido del derecho soberano de Portugal al monopolio marítimo y a la soberanía absoluta de la provincia sublevada; y Blackburne, republicano, decidido, audaz, dispuesto a respaldar el derecho de las naciones a decidir por sí mismas y a abrir nuevas rutas comerciales en los mares.

El diferente tonelaje y armamento de los barcos que se mueven a vela hace que, en su desplazamiento, no solo jueguen un papel preponderante los vientos sino también el estado de las maderas: la quilla, las cuerdas y, sobre todo, los mástiles y palos que sostienen el velamen. De ahí la importancia que cobra en el relato un personaje como Patrick Donagall, maestro carpintero cuyo

celo en el trabajo garantiza el buen éxito de las acciones de la *Intrépida* y cuya muerte sin honor a manos del enemigo ocasiona la feroz reacción de la goleta corsaria que termina abatiendo los espíritus de las tripulaciones en contienda.

Escrita con un profundo conocimiento del lenguaje marineroy de las distintas maniobras que han de efectuarse a bordo para obtener el mayor rendimiento del viento y de las velas, la novela, no obstante, no presenta en su estructura la misma plasticidad y ligereza de la contienda que narra pues su trama, construida en base a los libros de a bordo de los capitanes enfrentados y de largas parrafadas de marineros que han librado una batalla, se carga, en ocasiones, de una monotonía y una pesadez que atenta contra el clima de aventuras que recrea. No obstante, se trata de una novela que trae a nuestros mares y nuestras letras un clima de acción y de aventuras que, generalmente, hemos vivido en latitudes distantes y en otras literaturas.

Bariloche, *Andrés Neuman*, *Anagrama*, Barcelona, 1999, 169 pp.

Un basurero que, cada mañana, debe emprender el interminable oficio de recoger los detritus que, a cada instante, vomita a las calles la ciudad y que emplea su tiempo libre

en la no menos penosa y cíclica tarea de armar rompecabezas en el pequeño y oscuro apartamento en que transcurre su existencia es, sin duda, una de las imágenes más sobrecogedoras de la deshumanización y la soledad del hombre en nuestros días.

Forzado a ganar su sustento en el trabajo de limpiar cada mañana el cochambroso rostro de la ciudad, Demetrio Rota siente que su vida carece de dirección y de sentido, que su trabajo lo agobia y lo empobrece y lo hace parecerse, cada vez más, a los desechos que recoge cada día en negras bolsas de basura. Pero indolente e indeciso, no hace realmente nada por cambiar, se deja llevar simplemente por la inercia de los hechos sin buscar ninguna salida, vive un complicado triángulo amoroso con la mujer de su compañero de trabajo que no lo satisface ni lo llena y que sólo sirve para traer aún más desolación a su vida en la que su desmedida afición por los rompecabezas parece ser el único vehículo de escape.

Puzzles y más puzzles con imágenes bucólicas: una cabaña entre pinares junto a un lago, un ocaso suspendido entre montañas, rellenan el enorme agujero vacío que es la vida de Demetrio pues por medio de ese fragmentado universo que arma y rearma cada día regresa a su perdida infancia en Bariloche, donde conoció el amor y creyó, por un instante, que se podía ser feliz.

Buenos Aires es la capital del caos y de la destrucción, de la vida monótona, sombría, deshumanizante que ni siquiera el amor es capaz de otorgar algún sentido, Bariloche el lugar idealizado en el recuerdo con sus perdidos paisajes y bosques de hojas secas recorridos por fantasma. Lo demás es un contrapunteo entre la realidad y el recuerdo que, mediante hábiles cambios de espacio y de narrador, permite conocer la vida de Demetrio en lugares y tiempos diferentes que se van contaminando hasta conducirnos al trágico final del protagonista en el que presente y pasado se juntan en una nueva realidad que nos sorprende y sobrecoge.

Herederas de las técnicas desarrolladas por Cortázar en *Rayuela* y de la desesperanza de Onetti, esta novela con su prosa poética y su exigente estructura, que el lector debe armar como un rompecabezas antes de que pueda revelar su sentido profundo, se convierte en uno de los relatos que, con mayor sencillez y eficacia de recursos, ha captado el drama del hombre en nuestro tiempo: Sísifo condenado a la piedra de una tarea inútil que lo desgasta y empobrece sin remedio.

Fe de vida, Dulce María Loynaz, *Libertarias*, Madrid, 1999, 295 pp.

Recordar para los antiguos significaba volver a pasar por el corazón,

volver a dar vida a esa substancia fugitiva que es el tiempo y que nos consume en su constante devenir. Esta tarea rumorosa, como el canto de la lluvia que desciende sobre la tierra seca, es la que, con delicadeza y preciosismo, realiza la poeta cubana Dulce María Loynaz en su relato *Fe de vida*, en el que la dorada Habana de los años 20 regresa con su fausto, su esplendor y sus maneras señoriales.

Pablo Álvarez de Cañas, periodista de páginas sociales de la Habana de los años 20 y marido de la autora, es el protagonista central de este relato y la figura por la que la poeta cubana se siente impelida en sus postreros años a realizar este libro de memorias que constituye su fe de vida, su testimonio de haber estado cerca de una persona querida y admirada que, bajo rasgos corrientes y actitudes comunes, supo mantener una personalidad inconfundible e imponerla, en cierto modo, a sus contemporáneos.

Emigrado de Canarias en su temprana juventud, Álvarez de Cañas arriba a la dorada Habana de los magnates del azúcar en la primera década del siglo XX y, sin más armas que su juventud, su audacia, su voluntad y su fe, pasa de ser un joven provinciano, sin fortuna ni apellidos, a convertirse en la figura más rutilante de la crónica social en una Cuba de abolengos que había cambiado la moda de la corte decadente de Isabel II por el fato y el